Introducción

Cuando reflexionaba sobre sus experiencias como soldado estadounidense en México, Isaac Smith escribió: "la marcha fúnebre se oía casi todos los días".[1] Esa "marcha fúnebre" era la música que acompañaba los funerales y Smith se refería a los muchos camaradas que murieron de alguna enfermedad mientras se encontraban en los campamentos del ejército estadounidense levantados en el norte de México, pero sus palabras tienen una resonancia que trasciende esa referencia específica. La guerra entre Estados Unidos y México que tuvo lugar entre 1846 y 1848 fue, ante todo, trágica: en ella miles de soldados murieron de enfermedades, de hambre y de sed, así como de las formas de violencia más directas que la gente puede infligir en toda guerra duradera. Murieron más de 13 mil soldados estadounidenses, mientras que las bajas mexicanas son difíciles de estimar; en los partes oficiales de las batallas, tienden a variar más: muchos soldados mexicanos fueron enterrados en tumbas comunes sin identificación alguna, y la mayoría de las versiones mexicanas en los cuidadosos registros de las unidades militares que forman la base para la cuenta de los estadounidenses caídos todavía son inaccesibles en las desorganizadas secciones sin catalogar de los archivos mexicanos; por lo demás, también murieron muchos civiles. En conjunto, esos problemas hacen que la estimación del número de muertes mexicanas sea un asunto incierto, pero quizá murieron en esa guerra hasta el doble de mexicanos que de estadounidenses, lo cual arroja una cifra de hasta 25 mil bajas mortales.[2] La muerte fue uno de los aspectos que unieron las experiencias de estadounidenses y mexicanos en el conflicto, y la muerte en muchas formas también sobresale en los miles de documentos generados por esa guerra.

El gobierno de Estados Unidos, encabezado por el presidente James K. Polk, "ganó" la guerra indisputablemente: obligó al gobierno mexicano a renunciar a su reivindicación sobre Texas y también a ceder los territorios que más tarde se dividirían en los estados de California, Nevada, Arizona, Nuevo México y Utah, así como parte de los estados de Colorado y Wyoming. Por esa razón, la narrativa predominante sobre la guerra en la historia de ambos países se centra en el éxito de los estadounidenses y en el fracaso de los mexicanos. La transferencia de esos recursos tuvo un

Mapa 1. Norteamérica en 1846.

severo impacto en el futuro de uno y otro. Para Estados Unidos, la guerra significó apoderarse de los inmensos recursos del lejano oeste: durante el periodo de 1846 a 1848, la gente consideraba que el recurso más importante de esos territorios era la tierra, en especial la zona relativamente bien abastecida de agua que proporcionó a California su evidente potencial agrícola. Otro bien que valoraban algunos estadounidenses era el acceso a Asia a través de los puertos del océano Pacífico. Para México, la pérdida territorial supuso la imposibilidad de la expansión agrícola en esas tierras, aunque, de todos modos, de haber tenido lugar, tal vez no habría sido pronto: los mexicanos consideraban que la mayor parte de esos territorios era demasiado seca para la agricultura y todos estaban demasiado lejos de sus mercados potenciales, por lo que la mayoría de los mexicanos no tenía mucha prisa por avanzar hacia el norte. Lo

que ni unos ni otros sabían, incluso en 1848, era que el potencial agrícola de la región era sólo una parte de la riqueza perdida por México: la historia posterior de esa zona también contiene una larga serie de descubrimientos minerales, que comenzó con la famosa fiebre del oro de 1849 en California, pero que siguió adelante con muchos otros descubrimientos de oro, plata, cobre, plomo y otros minerales. La piqueta y los explosivos fueron tan importantes como el caballo y el arado para la historia del siglo XIX de la región y lo mismo se puede decir de sus reemplazos más modernos.

Ahora bien, el éxito y el fracaso pueden ser algo extraño. Los nuevos territorios generaron a Estados Unidos no sólo oportunidades sino también dolor: la cuestión con respecto a quién se permitiría aprovecharlos llevó a los estadounidenses directamente a la Guerra Civil, un conflicto catastrófico que provocó muertes a una escala que ni siquiera los veteranos de la guerra de 1846 a 1848 podían haber imaginado. La Guerra Civil provocó la muerte de entre 600 mil y 800 mil personas.[3] Antes de 1848, los políticos estadounidenses habían podido llegar de manera apresurada a una serie de acuerdos que permitieron que la economía centrada en el trabajo libre en la mitad septentrional del país coexistiera con la economía centrada en la esclavitud en la mitad meridional, junto con las diferencias sociales y culturales regionales que acompañaban a esas economías, un acto de equilibrio que no logró sobrevivir a la adquisición de tanto territorio de un solo golpe:[4] Estados Unidos se dividió y solamente logró reunificarse de nuevo después de que el norte impuso una aplastante derrota al sur en una prolongada y amarga guerra de desgaste. El país que emergió después de la Guerra Civil fue muy diferente del que había invadido México 20 años antes, con un gobierno más poderoso y, también, una economía capitalista más vigorosa que pronto hicieron de Estados Unidos una de las principales potencias del planeta.

La guerra mexicano-estadounidense también tuvo como consecuencia la guerra civil en México, aunque la senda que condujo a ella fue menos directa. La pérdida de la guerra con Estados Unidos provocó encendidos debates entre los políticos y los intelectuales mexicanos sobre la manera en que se debía unir más al país y hacerlo más próspero. Algunos mexicanos poderosos y acaudalados hicieron presión para lograr un México que adoptara lo que creían que eran los valores españoles de religiosidad y jerarquía para avanzar hacia una forma de modernidad que fuese más coherente con su pasado colonial y más parecida a la de ciertos países europeos a los que admiraban. El derecho al voto se limitaría a los ri-

cos y la paz social se aseguraría por medio de una iglesia católica fuerte y un ejército profesional. En contraste, sus opositores creían que Estados Unidos había derrotado a México debido a que los cambios que habían tenido lugar en el país después de la Independencia no habían llegado lo suficientemente lejos: querían hacer de México un país más democrático y liberar su economía de los límites que le imponían unos mercados cuyo funcionamiento era inadecuado; esos liberales también acabaron por comprender que el poder de la iglesia católica era un obstáculo. Los conflictos políticos entre los conservadores y los liberales ganaron en intensidad a medida que los golpes de Estado, las revoluciones y las guerras civiles, cada vez más violentas, implicaron de forma directa a más y más mexicanos y culminaron cuando los conservadores intentaron implantar una monarquía en México con la ayuda de tropas europeas y fracasaron. Irónicamente, el México que había surgido de esos conflictos se adhirió estrechamente a los mercados libres, pero se alejó cada vez más de los aspectos más democráticos del liberalismo: se convirtió en una sociedad que prestaba una enorme atención retórica a la democracia y las garantías individuales, y a la vez aseguraba la paz social mediante un autoritarismo pragmático que permitía la movilidad social a los políticos ambiciosos pero orientaba la política social y económica a hacer de México uno de los mejores lugares en el mundo para que emprendedores acaudalados obtuvieran grandes ganancias.

Ni los altos costos humanos de la guerra mexicano-estadounidense ni sus importantes consecuencias han atraído mucho la atención en ninguno de los dos países. No existe un monumento conmemorativo a los caídos de esa guerra en la capital de Estados Unidos y su lugar en los libros de texto de esa nación es mínimo. Por lo general, los estadounidenses han deseado ver su país como uno en el que tanto la democracia como la prosperidad han aumentado con el tiempo; por desgracia, las guerras de conquista están asociadas con la tiranía y la inmoralidad, no con el avance de la democracia. Existe cierta ambivalencia culpable que se desprende del hecho de que fueron unos ladrones exitosos; por lo demás, las trascendentales consecuencias y las numerosas bajas de la Guerra Civil arrojaron sombras sobre la guerra de 1846 a 1848; incluso los historiadores y los novelistas que han escrito sobre la guerra con México a menudo acudieron a esa ambivalencia debido a que muchos de los generales de la Guerra Civil eran oficiales jóvenes durante el conflicto con México.[5] Asimismo, la conciencia histórica mexicana suele vacilar a propósito de la guerra: ¿quién desea recordar la derrota, en especial una derrota

que muchos consideran resultado de la debilidad? En cambio, los libros de texto mexicanos ponen el énfasis en los conflictos que puedan narrarse de una manera más positiva, como la exitosa lucha de México en contra de la intervención francesa en la década de 1860 o la Revolución mexicana de 1910.[6]

Las guerras obligan a la gente a discutir de forma explícita cuestiones fundamentales sobre su vida y su sociedad que se mantienen en el trasfondo en épocas más felices, y a la vez generan enormes cantidades de documentos que los historiadores necesitan para tener acceso al pasado lejano. Este libro es una historia social y cultural de la guerra de 1846 a 1848 que se centra en las experiencias y las actitudes de los mexicanos y los estadounidenses ordinarios, tanto soldados como civiles. Escribir respecto a esas experiencias y actitudes requiere prestar atención a las causas de la guerra y los puntos de vista de los políticos, así como a las batallas y las campañas que la gente imagina con frecuencia cuando piensa en una guerra; sin embargo, el énfasis está en lo que algunas personas llaman la "nueva historia militar", que se centra en quiénes eran los soldados y los civiles, y en cómo las guerras fueron moldeadas por las sociedades que participaron en ellas. Los sucesos de una guerra, tanto los de los conflictos a gran escala entre las naciones como los de las campañas y las batallas a una escala más íntima, no pueden entenderse realmente si no se toma en consideración la historia social y cultural. Los ejércitos no surgieron de la noche a la mañana según el capricho de los políticos, ni los generales pudieron manipular a las tropas como si fueran piezas de ajedrez desprovistas de ideas o actitudes.[7] Este enfoque ayuda realmente a entender la razón de que las batallas hayan terminado como lo hicieron y de que los comandantes militares hayan tomado ciertas decisiones en particular; asimismo, ayuda a entender el resultado de la guerra.

LA EXPLICACIÓN DEL RESULTADO DE LA GUERRA

Las explicaciones más comunes ofrecidas para el resultado de esta guerra, tanto inmediatamente después como mucho más adelante, se han centrado en las diferencias políticas entre México y Estados Unidos, proponiendo el convincente argumento de que los mexicanos estaban divididos y carecían de compromiso con su país, de muy reciente formación, mientras que los estadounidenses estaban unidos y eran más nacionalistas; sin embargo, cuando se hurga con más profundidad en los aspec-

tos culturales y sociales de la guerra, ese argumento simplemente no concuerda con las pruebas documentales. Mexicanos de una gran variedad de grupos sociales hicieron enormes sacrificios para oponerse a la agresión estadounidense y comprendieron, con frecuencia, que sus esfuerzos representaban un compromiso con México; sin duda alguna, los conflictos políticos que tenían lugar en el país dañaron el esfuerzo bélico, gravemente en algunas ocasiones, pero esos conflictos fueron siempre respecto de lo que México debía ser, no respecto de si debía existir, y todos los grupos políticos importantes se opusieron a los estadounidenses; no hubo nada de automático en lo concerniente a su identificación con México y el nacionalismo siempre se entrelazó con otras formas de identidad, aunque era muy fuerte. La identidad nacional era igualmente compleja en Estados Unidos: los diferentes grupos sociales y políticos expusieron diferentes ideas con respecto a lo que debía ser el país y esos argumentos se mantuvieron incluso durante el conflicto con México; en Estados Unidos, por lo demás, los conflictos políticos impidieron que los expansionistas lograran todo lo que habían esperado obtener. El presidente Polk no encabezó una nación unida empeñada en la conquista militar; por el contrario, fue capaz de iniciar la guerra explotando de manera hábil los muy graves conflictos políticos que existían en su país. En los inicios del conflicto, en algunas regiones, hubo un significativo estallido de entusiasmo popular por la guerra, el cual pronto comenzó a enfriarse y, a medida que pasaba el tiempo, la guerra llegó a ser cada vez más controvertida.

Si la unidad estadounidense no fue lo que derrotó a México, ¿entonces qué sí? La mayor ventaja que Estados Unidos tenía era su prosperidad; cuando se examina la historia social y cultural de la guerra, queda muy claro que las diferencias económicas entre los dos países contribuyeron mucho más a la victoria estadounidense que las diferencias políticas. Los políticos de México fueron capaces de atraer a sus compatriotas para que se integraran a las filas de sus ejércitos, pero esos ejércitos estaban mal equipados y aprovisionados: con frecuencia, los soldados mexicanos carecían de uniformes adecuados y casi siempre enfrentaron a los estadounidenses con armas gastadas y frágiles. La falta de alimentos hizo que su experiencia fuera aún más dramática: los soldados y las mujeres que los acompañaban solían marchar con hambre y luchar con hambre y, cuando abandonaban sus unidades sin permiso, lo hacían por lo general para buscar comida con suficientes calorías para asegurarse la supervivencia; y los ejércitos que no podían alimentarse bien se deshacían. La

economía de México era mucho más pequeña que la de Estados Unidos e, incluso antes de la guerra, su gobierno había tenido grandes dificultades para generar suficientes ingresos con los cuales solventar las operaciones rutinarias. En las décadas anteriores a la guerra, la falta de ingresos obligó repetidamente a los gobiernos en dificultades económicas a cubrir las insuficiencias con préstamos del extranjero y nacionales con unas altas tasas de interés, por lo que un porcentaje creciente de los ingresos que lograban recaudar lo dedicaban a pagar los intereses de esos préstamos.[8] La guerra provocó un derrumbe catastrófico de las tambaleantes finanzas del gobierno mexicano, y la agresión estadounidense lo obligó a aumentar el gasto militar, lo cual causó que el problema empeorara. Pronto, el bloqueo naval estadounidense de los puertos mexicanos exacerbó de forma drástica la crisis fiscal, debido a que impidió que el gobierno mexicano recaudara los aranceles a las importaciones, que eran la fuente más importante de sus ingresos; asimismo la guerra provocó que la economía mexicana disminuyera su ritmo, lo cual redujo aún más los ingresos del gobierno y empeoró las condiciones de vida de la población civil. En cambio, la economía de Estados Unidos era tan productiva que incluso unos impuestos modestos generaban suficientes ingresos para apoyar la guerra de expansión en el extranjero: sus soldados tenían mejores uniformes, mucho mejores armas y suficiente dinero para comprarle la mayor parte de los alimentos que necesitaban a la población civil mexicana, la cual, irónicamente, carecía de otras opciones económicas para dar salida a esos productos, debido en parte a la perturbación económica causada por la guerra.

MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS DURANTE EL PERIODO DE 1846 A 1848

El hecho de centrar la atención en la historia social y cultural de la guerra mexicano-estadounidense ayuda a explicar sus resultados, pero ese enfoque también representa una oportunidad excepcional para comparar las dos naciones.[9] Nuestras ideas respecto a la sociedad en la que vivimos están moldeadas por comparaciones implícitas: consideramos que algunas sociedades son ricas y otras, pobres; que algunos gobiernos son democráticos y otros, autoritarios; que algunos gobiernos son eficaces y otros, débiles. Nos contamos historias, no solamente sobre el éxito relativo y el fracaso de los sistemas políticos, sociales y económicos, sino también so-

bre las causas del éxito y el fracaso; sin embargo, las comparaciones que alimentan nuestro análisis del mundo son implícitas, no explícitas, en un grado extraordinario, y a menudo las comparaciones implícitas son poco rigurosas. Cuando los estadounidenses contemplamos México, tenemos la tendencia a comparar una visión ideal de Estados Unidos con un sur lejano exageradamente decepcionante; y los mexicanos hacen lo mismo, ya que idealizan Estados Unidos y ponen el acento en sus propios problemas sociales. El examen de la historia social y cultural de la guerra de 1846 a 1848 ofrece la posibilidad de sacar esas comparaciones a la luz del día para poder hacerlas, no sólo más explícitas, sino también más precisas. En este libro, se tiene la intención de examinar tanto a México como a Estados Unidos tal como eran a mediados del siglo XIX, no como los veían sus impulsores más optimistas o sus críticos más pesimistas; más aún, se tiene el propósito de evitar el error común de comparar el México de 1846, no con el Estados Unidos de la misma época, sino, por el contrario, con el Estados Unidos más fuerte que surgió después de su guerra civil.

Cualquier intento de comparar Estados Unidos con México mediante el examen de la guerra debe comenzar por tener cierto sentido de lo que los dos países eran en 1846. La mayoría de los observadores contemporáneos tal vez habría estado de acuerdo con que eran lugares muy diferentes: la economía estadounidense era mucho más próspera que la economía mexicana y estaba creciendo más aprisa; en la época de la guerra, Estados Unidos tenía unos ingresos per cápita al menos tres veces mayores que los de México;[10] asimismo, tenía un sistema político más estable, en el sentido de que el conflicto político se confinaba por lo general a los cauces institucionales especificados por las leyes y la constitución; los golpes de Estado no eran algo común y no había habido ninguna guerra civil desde su guerra de independencia. Sin duda alguna, Estados Unidos no era una verdadera democracia, al menos no para la mayoría de sus habitantes, y difícilmente se podría decir que no existía violencia social y política; no obstante, el país había sido gobernado conforme a la misma constitución durante más de medio siglo y los titulares de los cargos políticos casi siempre se las arreglaban para llegar al término de su mandato y para entregar el cargo a sus sucesores, que habían sido electos por medio del voto en las urnas,[11] algo que, sin duda alguna, no podría decirse sobre México. En ocasiones, los dirigentes mexicanos también eran seleccionados por medio de elecciones, pero pocas veces completaban su mandato antes de ser removidos de sus cargos por un golpe de Estado,

una revuelta o una guerra civil; y aunque muchos de esos conflictos no fueron particularmente violentos, contribuyeron a la reputación de que el país tenía una gran inestabilidad política. Las diferencias económicas y políticas se entrelazaban: sin duda alguna, la prosperidad estadounidense ayudó a mantener la estabilidad política, debido a que ofrecía oportunidades económicas a mucha gente, y la estabilidad política ayudaba a la economía al hacer que las inversiones fueran más seguras. Por otra parte, las frustraciones económicas de muchos mexicanos quizá contribuyeron a su disposición a participar en los golpes de Estado y en las revueltas, por lo que, sin duda alguna, las guerras civiles y la inestabilidad política mexicana perjudicaron su economía.

La geografía explica una gran parte de la disparidad económica entre los dos países: Estados Unidos contaba con mucha más tierra cultivable y, aunque en 1846 tenía una gran cantidad de montañas, casi no había tierras con muy poca agua para sostener la agricultura y la mayor parte de la tierra era lo suficientemente llana como para cultivarla; por lo demás, la mayor parte de las tierras cultivables estaban cerca del océano Atlántico, el Golfo de México, los Grandes Lagos o los cientos de ríos que corren con suficiente lentitud como para permitir que se les use para el transporte: a principios del siglo XIX, un gran esfuerzo de construcción de canales redujo incluso más los costos del transporte de los productos estadounidenses. Nada de eso podría decirse de México: una gran parte del territorio del país era ya demasiado seca, ya demasiado montañosa como para cultivarla, y las montañas mismas y las características de la lluvia, marcadamente asociadas a las temporadas, significaban que los ríos mexicanos casi nunca eran navegables; además, la mejor tierra cultivable de México se encontraba por lo general lejos de las costas: las tierras que podían ser cultivadas aprovechando las lluvias de temporada se encontraban apiñadas en el centro y el sur del país, junto con la mayoría de la población, y, en el mejor de los casos, los mercados para los bienes producidos en ellas solían ser regionales, porque el transporte por tierra era muy costoso. Por el contrario, la disponibilidad de tierra cultivable y las opciones para el transporte fluvial en Estados Unidos estimularon, en algunas regiones en particular, tanto la industrialización como la especialización agrícola tempranas, lo cual hizo que la economía fuera más eficaz, pues permitió que los propietarios de las tierras sacaran provecho de algunas cosechas específicas mejor adaptadas al medio ambiente local.[12]

Las diferencias políticas entre los dos países también contribuyeron a las disparidades económicas. El gobierno británico no había dificulta-

MAPA 2. Regiones con suficiente precipitación pluvial para cultivar productos agrícolas.

do mayormente el desarrollo económico de las colonias que más tarde se convertirían en Estados Unidos, en parte porque nunca consideró esas colonias como una importante fuente de ingresos, pero, sobre todo, porque las leyes y el sistema legal que las colonias heredaron de la metrópoli estipulaban unos derechos de propiedad relativamente seguros y una resolución de disputas relativamente previsible. México, en cambio, no contaba con ninguna de esas ventajas: el sistema colonial español subsidiaba los esfuerzos de la corona por difundir su poder en Europa y, como resultado, las reglas del juego económico en sus colonias estaban en parte diseñadas para encauzar las actividades productivas hacia áreas que el gobierno consideraba como particularmente lucrativas para él, como la minería, o, en ocasiones, las actividades que fueran lucrativas para los

grupos bien relacionados, como ciertas formas de comercio en particular.[13] Otra raíz política de la debilidad económica de México fue su prolongada y sangrienta guerra de Independencia: la guerra expuso las severas divisiones de clase de la sociedad mexicana; los años de guerra de guerrillas perturbaron la agricultura y dificultaron todavía más el transporte de mercancías y ninguna potencia europea vino en ayuda de los rebeldes para poner fin a esos conflictos.[14] Lo que resulta irónico es que en Estados Unidos ocurrió lo contrario: Francia intervino de manera muy decidida y ayudó a la derrota del Reino Unido apenas seis años después de que comenzara la guerra; por lo demás, los empresarios agrícolas de un Estados Unidos recientemente independizado descubrieron para su deleite que la economía de Europa, en rápida industrialización, tenía un insaciable apetito por su algodón, mientras que los esclavos de las colonias caribeñas de Europa tenían un apetito igualmente insaciable por los productos alimenticios que podían cultivar.[15] Los empresarios agrícolas estadounidenses tenían tierras llanas y bien regadas, acceso al transporte y ya tenían mercados. Ese momento de la historia económica estadounidense dio al país un ímpetu que todavía tiene fuertes repercusiones en la actualidad.

Estados Unidos se independizó 40 años antes que México y, en 1846, eso proporcionó al país una ventaja. Las élites políticas estadounidenses tuvieron más tiempo para desarrollar los lazos que unen a las naciones:[16] esos 40 años adicionales de celebración del Día de la Independencia, de lecciones de historia en las escuelas y de debates políticos públicos sobre lo que la nación era o debía ser fortalecieron sin duda alguna el nacionalismo estadounidense. Las élites políticas mexicanas trabajaron a lo largo de líneas similares después de haber logrado la independencia en 1821, pero sus esfuerzos se vieron obstaculizados por la pobreza relativa de la nación, y México tampoco gozó de muchas de las ventajas políticas que los colonizadores de la región media de Norteamérica habían recibido. El gobierno británico se había interesado menos en sus colonias debido a que no consideraba que ofrecieran ingresos y, por lo tanto, la corona británica solía permitir que los dirigentes de las colonias tuvieran un autogobierno considerable; por lo demás, y en la tradición política del Reino Unido, el autogobierno era un gobierno representativo: los propietarios de las tierras seleccionaban a sus representantes para que ayudaran a hacer las leyes; a diferencia del Reino Unido, en Estados Unidos los hombres de medios relativamente modestos podían comprar tierras. México, en cambio, no contaba con ninguna de esas ventajas: aunque, sin duda al-

Mapa 3. Rutas de comunicación en Estados Unidos y México.

guna, los residentes más ricos del país se beneficiaban en gran medida del gobierno colonial, su única función formal en él solía estar a escala municipal y pocos mexicanos tenían experiencia en el ejercicio de un poder político amplio antes de la Independencia.[17]

La diversidad religiosa de las colonias británicas en Norteamérica también tuvo un efecto político importante después de su independencia: aunque el Reino Unido tuvo su parte de conflictos religiosos, incluso en la época en que estaba colonizando esa región de Norteamérica, los dirigentes coloniales llegaron a tolerar a regañadientes una mayor diversidad religiosa, debido, en parte, a que era difícil que alguna secta mantuviera su predominio y, en parte, porque los disidentes religiosos del Viejo Mundo con frecuencia fueron deseables contribuyentes eco-

nómicos,[18] por lo que el pluralismo religioso tendió a facilitar el pluralismo político. En México, la evangelización católica había sido la justificación ideológica más importante para la conquista y la colonización, pero el dominio del catolicismo no permitió ninguna transferencia de tolerancia religiosa al pluralismo político. Por lo general, la cultura política heredada de España valoraba la unanimidad y había la tendencia a considerar a los oponentes políticos como una amenaza a los valores que abrigaban los católicos. En realidad, la introducción del gobierno representativo en la década de 1820 reforzó esa tendencia, debido a que el ideal de la Ilustración acerca del gobierno que representaba la voluntad del pueblo implicaba que únicamente había una voluntad verdadera: todo actor político que creía que sus opiniones representaban esa voluntad solía creer que sus oponentes políticos debían estar oponiéndose a ella de manera consciente.[19] Una de las ventajas coloniales que más facilitaron la estabilidad política estadounidense después de la independencia fue el grado en que el colonialismo británico marginó de la política a los individuos de otras razas. En las colonias británicas de Norteamérica, ni los colonizadores ni los indios tenían gobiernos muy centralizados y, como resultado, los colonizadores tendieron a desplazar a los nativos, antes bien que a tratar de conquistarlos y asimilarlos. Los afroamericanos importados como esclavos tampoco fueron considerados como sujetos políticos y, por lo tanto, el gobierno representativo de las colonias y, más tarde, el de Estados Unidos, representaba un grupo relativamente homogéneo. En cambio, se había justificado la conquista española de México por la necesidad de llevar el catolicismo a los indígenas americanos y éstos siempre fueron considerados como parte de la sociedad colonial. Los españoles tenían esclavos importados de África, pero la vasta mayoría de sus descendientes ya eran libres antes de que México fuera independiente. Aunque, sin duda alguna, tanto los indígenas como los afromexicanos eran explotados económicamente y estaban sometidos a los prejuicios raciales, también se encontraban claramente dentro, no fuera, de la sociedad cuando México se hizo independiente. Por último, debido a la mezcla racial, la mayoría de los mexicanos eran hispánicos culturalmente, pero biológicamente eran los herederos de sus antepasados españoles, africanos e indígenas; por esas razones, muchos políticos mexicanos se comprometieron desde el principio en la construcción de un gobierno que gobernara y, al mismo tiempo, representara a los individuos de todas las razas, pero la dificultad de esa tarea contribuyó a la inestabilidad política.[20]

Después de la Independencia, México tuvo grandes dificultades para alcanzar la estabilidad política. Aunque tuvieron lugar algunas luchas políticas por medio de las instituciones e incluso de las elecciones, muchas de ellas no se resolvieron de esa manera. Durante el periodo colonial, era muy común que los habitantes del campo expresaran sus puntos de vista por medio de sublevaciones, y después de la Independencia todavía siguieron sublevándose, pero, en ocasiones, también participaron en rebeliones más amplias en alianza con los políticos. Las sublevaciones urbanas en México nunca fueron tan comunes como en Estados Unidos durante el mismo periodo, pero parece haber habido más después de la Independencia que las que había habido antes. En México, tanto en las rebeliones urbanas como en las sublevaciones rurales, hubo una tendencia a involucrar a las personas relativamente pobres; no obstante, también los mexicanos más ricos estaban dispuestos a salirse de los cauces institucionales para promover sus ideales políticos y sus intereses económicos: los golpes de Estado de las alianzas de políticos, militares y civiles fueron muy comunes. En algunos casos, implicaron sobre todo a los militares profesionales, pero, en otros, abarcaron a unidades de soldados de tiempo parcial con puntos de vista políticos particulares o, algunas veces, incluso a multitudes reunidas entre las clases urbanas pobres o medias. Los golpes de Estado más exitosos fueron prácticamente incruentos, porque los complotistas exitosos no actuaban hasta no tener un apoyo suficiente; sin embargo, antes de 1846, México también experimentó algunas guerras civiles, las cuales se volvieron más comunes a medida que los grupos políticos empezaron a tratar de atraer a los habitantes rurales —es decir, a la vasta mayoría de los mexicanos— a los grandes conflictos políticos del momento. Con todo, esas guerras civiles se confinaron por lo general a ciertas regiones específicas, lo que redujo las bajas; sin embargo, nada de eso significa que los mexicanos ignoraran los procedimientos y las instituciones establecidas en las constituciones: las elecciones eran importantes por lo general y había una amplia participación, en especial en las áreas urbanas, y los grupos políticos de diversos tipos se esforzaban mucho por ganarlas. Los que perdían las elecciones no siempre se resignaban ante los resultados; no obstante, las elecciones todavía eran simbólicamente importantes como una expresión de la idea de que, en el México independiente y republicano, se suponía que el gobierno representaba la voluntad del pueblo.

Al igual que Estados Unidos, México estaba dividido por intereses regionales, los cuales tendían a producir enfrentamientos entre el centro y

la periferia. En el México colonial, la economía y el sistema político se habían organizado sobre todo de tal manera que se beneficiaran las familias acaudaladas del centro del país, en particular de la ciudad de México, por lo que, después de la Independencia, esas familias quisieron centralizar el poder en las manos del gobierno central para reproducir o reanimar sus ventajas coloniales: su deseo de contar con un gobierno central fuerte era compartido por algunas personas que vivían lejos de la ciudad de México, sobre todo aquellas que veían en un gobierno de esas características una especie de baluarte del orden social. El conflicto entre el centro y la periferia se traslapó en parte con otro conflicto que, en ocasiones, fue más violento: los mexicanos discutían sobre lo que significaba ser una república basada en la voluntad del pueblo, en una sociedad con una desigualdad económica extrema y una diversidad étnica y unos prejuicios étnicos importantes; algunos creían que las jerarquías económicas y sociales solamente podían ser defendidas con un gobierno parcialmente autoritario. Esos mexicanos creían en un gobierno basado en la voluntad del pueblo, pero sólo de la clase de personas adecuadas, y con frecuencia se esforzaron por restringir la participación política a los relativamente acaudalados y manifestaron diversos prejuicios sobre los habitantes con antepasados indígenas o africanos, lo cual quiere decir la mayoría de los mexicanos. Para otros, un México verdaderamente republicano tenía que ser más igualitario que el México colonial; en realidad, creían que el igualitarismo nominal y el fin de las distinciones étnicas oficiales eran los resultados más importantes de la guerra de Independencia y que eran congruentes con el espíritu de la época en el mundo occidental. Por lo general, esas personas buscaban aumentar la participación política y crearon movimientos políticos con participación de las masas, caracterizados por un énfasis retórico en la libertad y la igualdad: movilizaron sobre todo a los pobres de las ciudades, lo cual limitó su éxito, porque la vasta mayoría de los habitantes vivía en el campo; no obstante, en algunas regiones de México, incluso los habitantes del campo adoptaron esa postura igualitaria.

En la rebelde política mexicana de los años anteriores a la guerra con Estados Unidos, había cuestiones muy reales en juego: sin duda alguna, no había escasez de políticos ambiciosos, México todavía no tenía suficiente experiencia en el gobierno representativo y la débil economía contribuyó de forma amplia a su inestabilidad política; sin embargo, la importancia de las cuestiones en juego para muchos habitantes era lo que mantenía tan quisquillosos a los políticos. La idea de que, en lo políti-

co, México era muy diferente de Estados Unidos porque sus políticos solían carecer de escrúpulos simplemente no resiste la prueba, en especial cuando se examina con cuidado a los políticos estadounidenses como Andrew Jackson y James K. Polk, unos hombres que estaban mucho más interesados en ciertos fines, que ellos consideraban que eran nobles, que en los medios que correspondían a los parámetros de la política institucional; simplemente, por lo demás, Estados Unidos no era tan estable y pacífico en el campo de la política como a muchos estadounidenses les gustaría creer. En suma, se ha puesto demasiado énfasis en las diferencias.[21]

Aun cuando Estados Unidos desarrolló un sistema político de múltiples partidos poco después de su independencia, había una tolerancia significativamente menor de las opiniones políticas de la oposición que la que se podría suponer. El historiador Harry Watson señala que los estadounidenses de principios del siglo XIX tenían la inclinación a considerar la política como una lucha entre el bien y el mal; en palabras de Watson, "Cuando los republicanos de esa época reñían entre sí, tendían a considerar a sus oponentes como enemigos de la libertad misma, no como rivales que tenían intereses iguales y derechos iguales al favor del público."[22] La virulencia política era muy común en Estados Unidos: las victorias políticas de los oponentes y su existencia misma se aceptaban a regañadientes, antes bien que como una prueba de la democracia. En realidad, el sistema de partidos diluía la propia democracia debido a que los líderes de los partidos, y no los votantes, seleccionaban a los candidatos. En Estados Unidos, al igual que en México, la democracia se veía limitada también por las elecciones indirectas, en las que, típicamente, los votantes elegían no a la gente que ocuparía los cargos gubernamentales, sino a los electores delegados que, en teoría, eran libres de emitir su propio voto por el candidato que consideraran adecuado. El voto secreto era algo del futuro, por lo que, tanto en Estados Unidos como en México, se exigía a los votantes que expusieran sus preferencias de forma pública en las casillas de votación, que usualmente estaban rodeadas por multitudes de partidarios estridentes que, con los puños o incluso con armas letales, ejercían presión en favor de sus candidatos preferidos, mientras que los propios candidatos manipulaban a esas multitudes con alcohol, lo que aumentaba el desorden de los votantes; los disturbios el día de las elecciones eran comunes.[23]

Cuando uno se los imagina, esos disturbios nos llevan al problema de la violencia: Estados Unidos no experimentó los golpes de Estado ni las guerras civiles por las que México era famoso, pero se encontraba lejos de

estar a salvo de la violencia política. Los estadounidenses no votaban con tranquilidad por los líderes políticos ni aceptaban sus decisiones ni respetaban las leyes que esos líderes promulgaban; lejos de ello, solían recurrir a la violencia individual o colectiva para alcanzar sus metas y expresar su identidad. Estados Unidos experimentó más de 1200 disturbios entre 1828 y 1861; los estadounidenses se reunían en grupos, no sólo para pelearse en las elecciones, sino también para atacar a los inmigrantes, a los negros libres, a los abolicionistas, a los católicos, a los mormones, a las bandas rivales, a las compañías rivales de bomberos voluntarios y a los que habían sido acusados de ser criminales.[24] Los historiadores David Grimsted y Michael Feldberg señalan que esa violencia no estaba separada de la política; Grimsted considera que esos disturbios formaban parte del "proceso en curso de adaptación democrática, concesiones y tensión intransigente entre los grupos con diferentes intereses".[25] Por su parte, Feldberg relaciona de forma específica los disturbios con la democracia popular y hace notar que se justificaban por medio de las referencias al gobierno de la mayoría y a la voluntad del pueblo; asimismo, enlista como fuentes de violencia "las tensiones raciales y étnicas de la época, el clima ideológico, la incapacidad de los sistemas políticos y las instituciones legales para solucionar los conflictos entre los grupos por medios pacíficos, la rápida urbanización, los cambios demográficos y la innovación económica y tecnológica".[26] En particular, cuando se consideran las tres primeras fuentes, fácilmente Feldberg podría haber escrito sobre México.

Una parte de la peor violencia fue infligida a aquellos a los que se acusaba de haber cometido crímenes; en 1838, el joven abogado Abraham Lincoln criticaba:

> la creciente indiferencia por la ley que impregna al país y la creciente disposición a sustituirla por las pasiones salvajes y furiosas, en lugar del sobrio juicio de los tribunales, y las turbamultas más que salvajes, por los ministros ejecutantes de la justicia. Esa disposición es tremendamente aterradora en cualquier comunidad, y negar que ahora exista en la nuestra, por irritante que sea para nuestros sentimientos admitirlo, sería una violación de la verdad y un insulto a nuestra inteligencia.
>
> Los relatos de las atrocidades cometidas dominan el país, de Nueva Inglaterra a Luisiana; no son exclusivas ni de las nieves eternas de la primera ni de los ardientes soles de la segunda —no son criaturas del clima— ni se limitan a los estados que permiten la posesión de esclavos ni a los que no la permiten.[27]

La vigilancia parapolicial, llamada "vigilantismo", era común y se relacionaba con algunas de las tendencias que ahora se considera que contribuyeron a la tradición democrática estadounidense: los llamados "vigilantes" que componían esos grupos parapoliciales justificaban sus actos afirmando que, si las leyes expresaban la voluntad del pueblo, el pueblo podía poner en práctica las leyes.[28] Las pruebas en contra de muchas de las personas a las que los vigilantes torturaron y asesinaron eran muy débiles en el mejor de los casos y, como la gran parte de la violencia de las turbamultas, la vigilancia parapolicial era la manifestación de una tendencia a castigar a meros chivos expiatorios pertenecientes a las indeseables minorías raciales o religiosas.

Lo anterior lleva a otro aspecto digno de comparación con México. En realidad, algunos de los tipos de conflictos sociales que por lo general encontraban su expresión en la violencia política explícita en ese país, como las rebeliones, las guerras civiles y los golpes de Estado, en Estados Unidos se expresaban por medio del uso de la violencia para excluir a ciertas clases de individuos del reconocimiento de toda participación legal en la política: muchísimos afroamericanos eran mantenidos como bienes muebles, esclavos de propiedad personal sin derechos legales, en un sistema llevado a la práctica por medio del castigo violento de los que desobedecían o trataban de escapar a la esclavitud y, asimismo, por medio de los disturbios en contra de los negros libres, tanto en el norte como en el sur del país. Los estadounidenses del siglo XIX no consideraban que esa violencia fuese política, pero desde nuestra perspectiva es difícil no hacerlo. Algunos blancos también llegaron a ser víctimas de la violencia usada para mantener la esclavitud, dado que, incluso en el norte, las turbamultas frecuentemente atacaban a los abolicionistas y trataban de impedir la expresión de los puntos de vista de estos últimos.[29] Los indios también eran excluidos de forma violenta por medio de la violencia social. Seguramente la mayoría de los lectores están familiarizados con la prolongada historia de ese conflicto, que comenzó en el periodo colonial temprano y duró hasta el final del siglo XIX, en el que los blancos estadounidenses expulsaron de forma ininterrumpida a los indios americanos de sus territorios; pero lo que puede ser menos conocido para muchos es que la mayor parte de esa violencia, a la que se dio una imagen aséptica haciendo referencia a ella como "guerras indias", carecía tanto de propósito como de una aprobación explícita de los sucesivos gobiernos: lo usual era que los colonizadores invadieran ilegalmente las tierras que el gobierno había reconocido como propiedad de los indios, a los que no era capaz de ayudar

a defenderse o no tenía la voluntad de hacerlo. Cuando algunos indios recurrían a la violencia, los grupos informales de colonizadores atacaban a todos los que podían encontrar, asesinaban a los que no eran combatientes y destruían sus casas y sus cosechas, lo cual fue una manera de obligar efectivamente a los pueblos originarios a aceptar la expulsión de sus propias tierras.[30] Los estadounidenses del siglo XIX no consideraban que ese proceso continuo fuese violencia política, pero, una vez más, es difícil no considerarlo como tal.

En la época del presidente Andrew Jackson, los políticos estadounidenses también recurrían a la violencia personal en asuntos políticos y sociales. El propio Jackson mató a un rival en un duelo y muchos políticos y otros estadounidenses relativamente acaudalados y bien educados tuvieron un comportamiento similar. Los duelos eran muy comunes en una gran parte de Estados Unidos, aunque el término *duelo* exagera el grado en que los protocolos de formalidad e imparcialidad se cumplían: los incidentes que más tarde fueron descritos como duelos implicaban ataques arteros, ataques contra hombres desarmados y ataques en grupo contra las víctimas, aun cuando los motivos se disfrazaran con el lenguaje del honor.[31] Gran parte de esa violencia era provocada por las rivalidades políticas y, en ocasiones, los motivos políticos eran completamente explícitos: a principios de la década de 1840, el propio Congreso estadounidense fue escenario de amenazas, palizas y al menos un disparo de pistola y, cada vez más, los representantes públicos decidían llevar armas consigo a las cámaras.[32]

En ocasiones, los historiadores de la Latinoamérica del siglo XIX ponen el énfasis en la función que desempeñaron los llamados "caudillos", dirigentes militares que reunían grupos de partidarios por medio del patrocinio político y que no tenían la inclinación a "sentirse obligados a observar estrictamente todos los tecnicismos legales".[33] Aunque esos hombres eran ambiciosos y, en ocasiones, carecían de escrúpulos, también tenían unos firmes puntos de vista ideológicos sobre la forma que sus nuevas naciones debían adoptar.[34] En el siglo XIX, tanto los mexicanos como los estadounidenses consideraban a Antonio López de Santa Anna como la quintaesencia del caudillo mexicano; no obstante, Alan Knight señala que, en realidad, también Andrew Jackson fue muy similar a un caudillo típico:[35] durante la guerra de 1812, Jackson ganó fama y muchos partidarios cuando encabezó a unos soldados de tiempo parcial en contra de los indios y los británicos en los estados del sur, y fue defensor del derecho de los blancos de la frontera a gobernar no sólo sus propios asuntos

sino también los de sus inferiores raciales; sin embargo, lo que esos mismos blancos consideraban como "gobernar sus propios asuntos" lo predicaban sobre todo por medio de su dominio sin trabas de los negros y los indios. De acuerdo con Feldberg, Jackson "no fue muy respetuoso de la debida aplicación de la justicia",[36] lo cual demostró con mayor descaro con su invasión ilegal y no autorizada de la Florida en 1818: la aventura en la península tenía el propósito no sólo de expandir Estados Unidos, sino también de atacar a los indios y a los esclavos en fuga que se habían refugiado en esa posesión española, lo cual fue puesto de relieve por el juicio y la ejecución ilegales de dos comerciantes británicos. Aunque esos hechos le ganaron unas críticas feroces, no descarrilaron la carrera de Jackson, quien más tarde sirvió durante dos periodos seguidos como uno de los presidentes estadounidenses más controvertidos.[37] En general, cuando se considera la violencia de Estados Unidos durante el siglo XIX y la disposición incluso de los líderes políticos más prominentes a ignorar el imperio de la ley, el país empieza a parecerse más a México durante ese periodo, y la explosión generalizada de la violencia política estadounidense en 1861 también se vuelve más comprensible.

En 1846, los dos países tenían algunas características clave en común: eran repúblicas jóvenes encabezadas por unas élites políticas unidas por su compromiso con la idea de formar Estados nacionales; los conflictos políticos fueron muy notables en ambos países y esos conflictos fueron impulsados en parte por las contradicciones entre los ideales del igualitarismo y la libertad, por un lado, y la realidad social organizada en jerarquías de clase, género y raza, por el otro.

EL EXPANSIONISMO ESTADOUNIDENSE

La guerra fue, más que nada, una consecuencia directa del expansionismo de Estados Unidos, impulsado no sólo por su rápido desarrollo económico sino también por unos aspectos importantes de su cultura política y su cambiante identidad social. Los estadounidenses querían añadir más territorios a la república por una variedad de razones: para muchos, el impulso por expandirse era una expresión de su confianza en la superioridad de su civilización, su cultura y su modo de gobierno; veían su país como la continuación del movimiento hacia adelante que había comenzado en Europa y estaba asociado con la misión religiosa y el gobierno representativo.[38] Esa agresiva confianza se resume en la frase "destino

manifiesto"; sin embargo, el deseo de expandir el territorio estadounidense también fue alimentado, paradójicamente, por las ansiedades de los propios habitantes, algunos de los cuales veían la expansión como una manera de proteger su país o, al menos, lo que los expansionistas creían que éste representaba: Estados Unidos estaba urbanizándose e industrializándose aprisa y muchos creían que las caóticas ciudades en las que muchos hombres blancos trabajaban para otros, en lugar de cultivar su propia tierra, eran antiestadounidenses; creían que la expansión de las tierras disponibles para la agricultura podía ayudar a protegerse de esa tendencia, anticipándose a la posibilidad de un conflicto de clases; sin embargo, una gran parte de las tierras estadounidenses eran cultivadas, no por granjeros blancos independientes, sino por esclavos. El espectro del conflicto racial rondaba tras el expansionismo: algunos expansionistas creían que la adquisición de más tierras de México evitaría la guerra racial, ya fuese impidiendo que los negros dominaran esas tierras, ya sea permitiendo que los negros emigraran a México.[39] Es probable que la participación personal en el expansionismo haya sido motivada incluso tanto por la ansiedad y el fracaso como por la confianza: con frecuencia, los individuos migraban después de haber fracasado en sus empresas agrícolas o después de que otras dificultades económicas les habían impedido realizar sus ambiciones en lugares más colonizados del país; sin embargo, la migración a nuevas tierras no garantizaba el éxito: muchos migrantes fracasaron una y otra vez, y se encontraron mudándose incluso más lejos en cada oportunidad. La prosperidad económica estadounidense espoleó la expansión, pero las malas épocas y los fracasos económicos de los individuos a menudo aumentaron el número de personas que se mudaban a otros lugares.[40]

Ahora bien, no todos los expansionistas tenían el deseo personal de mudarse al oeste. El expansionismo estaba estrechamente relacionado con los debates sobre quién podía reivindicar el prestigio de ser ciudadano estadounidense: el apoyo a la expansión y la dominación de los indios, necesaria y violenta, y más tarde de los mexicanos estaba ligado a la elevación de todos los hombres blancos a la ciudadanía y a la consecuente relegación de las otras razas y, en cierta medida, de las mujeres a una condición social secundaria.[41] Los aspectos raciales de esa actitud son muy obvios, pero los aspectos de género también resultan fascinantes: las normas relacionadas con el género, que excluyeron a las mujeres de la vida pública y de la participación en la política fueron ensalzadas durante ese periodo y las pocas mujeres que tenían derecho al voto en sus loca-

lidades lo perdieron;[42] sin embargo, el concepto del "destino manifiesto" puede haber sido acuñado en realidad por una periodista, Jane McManus Storms, aunque algunos especialistas lo atribuyen a un colega de ella, John L. Sullivan.[43] De manera más general, la expansión por medio de la acción militar fue defendida por quienes proponían una clase particular de masculinidad que la historiadora Amy S. Greenberg llamó "masculinidad marcial". Ese modelo de comportamiento propiamente masculino ponía el énfasis en la acción, en la dominación y en la disminución de la importancia de las restricciones sociales, y competía con otro modelo del comportamiento masculino que esa historiadora llama "masculinidad comedida", según la cual los hombres debían mantener a sus familias, practicar el protestantismo evangélico y buscar un éxito sobrio en los negocios; asimismo, creían que Estados Unidos estaba destinado a la grandeza, pero pensaban que los ideales estadounidenses se difundirían mejor por medio del ejemplo y el desarrollo de los lazos comerciales en todo el continente y, en realidad, en todo el mundo.[44] El género también figura en el expansionismo de otra manera: la idea de que los mexicanos eran racialmente inferiores se justificaba en parte mediante la afirmación de que los hombres mexicanos eran menos masculinos que los hombres estadounidenses.[45]

En su origen, el destino es un concepto religioso, y la idea de que Dios quiso la expansión estadounidense quedó codificada en la frase misma "destino manifiesto". Aunque algunos intelectuales sostienen que, en la década de 1840, el carácter religioso de la idea había sido sustituido por una versión más secular impulsada por la exaltación del republicanismo, ése no parece haber sido el caso. Los estadounidenses relacionaban la prosperidad y el sistema político de Estados Unidos con su protestantismo y las imágenes que tenían de los aspectos económicos y políticos positivos del país no estaban separadas de su religiosidad,[46] la cual iba en aumento en la década de 1830, a medida que el resurgimiento evangelista y la movilización utópica sacudían a las grandes mayorías de la población: a menudo, los expansionistas expresaron la idea de que Dios quería la adquisición de nuevos territorios y, más en concreto, la agresión de Estados Unidos contra México.[47]

No todos los estadounidenses eran expansionistas y, sin duda alguna, no todos apoyaban la invasión de México. Ciertamente, el Partido Whig, uno de los dos principales partidos políticos de Estados Unidos, creía que su país tenía como destino religioso la propagación de su influencia a todo el continente por medio del ejemplo, no de la conquista. Los whigs

discrepaban de la idea de la expansión finalmente exitosa a costa de México, porque sería muy amarga,[48] y favorecían un Estados Unidos más compacto y centrado en la prosperidad mediante el comercio y la industria; creían que el gobierno federal debía fomentar el desarrollo económico por medio de mejoras internas, como los canales y los ferrocarriles. Su imagen del comportamiento masculino apropiado concordaba más con la masculinidad comedida de Greenberg y les preocupaban todos los desórdenes antes descritos; en su opinión, la expansión amenazaba con diluir la identidad estadounidense e incluso, en último término, con disolver el país; por lo demás, la expansión por medio de la conquista socavaría el brillante ejemplo de Estados Unidos al disminuir su reivindicación de que el suyo representaba una nueva clase de sistema político que era más moral: el imperialismo era incompatible con el compromiso con la libertad.[49] A principios de la década de 1840, algunos whigs empezaron a preocuparse de que la adquisición de nuevos territorios llevaría a la expansión de la esclavitud, pero todavía no expresaban esos conceptos de forma abierta; muchos de ellos creían también que la adición de más territorio a Estados Unidos disminuiría las oportunidades electorales de su partido, porque era probable que los nuevos territorios favorecieran la economía agrícola, antes bien que la economía industrial y, tal vez, los nuevos estados serían poblados, y representados, por sus rivales políticos. El verdadero baluarte del Partido Whig se encontraba en el noreste y parecía improbable que pudiera crecer con la expansión de la nación; sin embargo, la base popular de ese partido era un tanto débil, incluso en esa región, debido en parte a que, aunque daban la bienvenida a la mano de obra que proveían los nuevos inmigrantes, consideraban que éstos tardaban mucho tiempo en adoptar lo que los whigs consideraban como los valores fundamentales de Estados Unidos: el trabajo arduo, la superación personal y la piedad protestante.[50]

Si bien la base de apoyo del Partido Whig consistía sobre todo en ciudadanos respetables de las clases media y alta del noreste, el Partido Demócrata unía a los que se sentían excluidos de ese grupo y desdeñaba a los comerciantes y los financieros. Los dueños de las plantaciones del sur, los granjeros de medios modestos del oeste y de las regiones occidentales del sur y los inmigrantes de las clases trabajadoras de las ciudades del este solían ser demócratas. Por lo general, el Partido Demócrata combinaba los grupos de intereses agrícolas del oeste y el sur con los trabajadores urbanos del este, y buscaba casi evangélicamente expandir las fronteras de su país. Los demócratas querían que Estados Unidos todavía

fuera una nación agrícola en la que los hombres blancos pudieran lograr la movilidad social mediante la adquisición, el desarrollo y el cultivo de tierras. Esos hombres blancos tendrían autonomía local con una interferencia mínima del gobierno nacional y la expansión también ayudaría a los propietarios de las plantaciones, que podrían buscar nuevas tierras para reemplazar los campos agotados por el monocultivo del algodón y, asimismo, aprovechar precios más altos para sus esclavos. Los demócratas temían la urbanización y la industrialización que los whigs creían que eran el futuro del país y los consideraban como unos imitadores pretenciosos y antiestadounidenses de la cultura británica. Los distintos grupos del Partido Demócrata estaban unidos por su compromiso con la supremacía blanca, que apoyaba la institución de la esclavitud en el sur y la adquisición de nuevas tierras de los indios. La supremacía blanca también ofrecía a los blancos pobres, tanto urbanos como rurales, cierto estatus y, asimismo, un potencial avance social. En ese caso, la palabra clave es *potencial:* los hombres pobres tenían dificultades para ahorrar o pedir prestado el dinero que necesitaban para emigrar a los territorios del oeste y establecerse como granjeros; necesitaban fondos, no sólo para comprar tierras, sino también para el transporte y para alimentarse hasta que levantaran la primera cosecha, para comprar herramientas y animales de tiro y, en el caso de los sureños, para comprar esclavos. Con mucha frecuencia, los migrantes iniciaban la explotación de sus nuevas granjas estando profundamente endeudados y nunca lograban salir adelante, porque las ganancias de la expansión solían pasar a los que ya eran suficientemente ricos como para establecer nuevas granjas o a quienes especulaban con las tierras, por lo que no es sorprendente que esos hombres se encontraran a menudo entre los partidarios más importantes tanto de los demócratas como de la expansión.[51] No es accidental en absoluto que, cuando Estados Unidos entró en guerra con México, lo haya hecho bajo el liderazgo de un presidente demócrata, James K. Polk, quien, aunque pudo manipular a los whigs en el Congreso para que apoyaran la autorización oficial para declarar la guerra, solamente pudo hacerlo iniciando primero la guerra y ocultando la situación con numerosas declaraciones falsas sobre los actos de los mexicanos.

En la mayor parte de este libro, se narra la historia de la guerra en un orden aproximadamente cronológico, haciendo malabarismos con los personajes, los acontecimientos y sus causas; no obstante, es diferente de muchos libros escritos sobre las guerras. Aunque describo y explico las batallas y las campañas, centro la atención, tanto como es posible, en la experiencia y las motivaciones de los mexicanos y los estadounidenses de condición social relativamente modesta: los hombres y las mujeres que llevaron a cabo el trabajo más difícil y enfrentaron los mayores riesgos, no sólo en los ejércitos mexicano y estadounidense, sino también en sus respectivas sociedades. Aun cuando sus abundantes números y la escasez de documentos en los que aparecen como individuos llevan a pensar en ellos como grupos, son los protagonistas más importantes de esta historia. Ese enfoque ha llegado a ser más común entre los historiadores que comparten la opinión de que las guerras se entienden mejor cuando se recurre a la historia social y cultural. El compromiso de narrar la historia social de la guerra significa que, en ocasiones, la guerra no se narra aquí de una manera estrictamente cronológica, sino que ahondo en los grupos sociales específicos cuando resultan importantes para los acontecimientos militares y políticos, pero la comprensión de las experiencias de los grupos requiere con frecuencia que se preste atención a los acontecimientos anteriores y posteriores; también es necesario alejarse en ocasiones de la cronología estricta porque la guerra tuvo lugar a todo lo largo de una enorme extensión territorial; por lo demás, en el libro no se abarca cada batalla y campaña, sino que, antes bien, la narración se concentra en las experiencias más variadas y emblemáticas de las personas y en las que fueron las más importantes para el resultado. El libro también es diferente de muchos otros sobre guerra en el sentido de que trata de México y de Estados Unidos en igual medida, un acto de equilibrio que hace que el conflicto sea más comprensible y ayuda a comparar los dos países. Tanto el enfoque en la gente común como las aspiraciones comparativas se facilitan gracias a que presto una atención sostenida a tres temas —el género, la raza y la religión— que ayudan a entender las complejas motivaciones de muchas personas diferentes, así como la manera en que esas personas interpretaban sus experiencias. Esos tres elementos fueron de capital importancia para la manera en que ambas sociedades estaban organizadas y para la manera en que las personas de ambas sociedades pensaban respecto de su propia vida.

La palabra *género* es un término conveniente para referirse a las ideas sobre la masculinidad y la feminidad, y a la manera en que los hombres y las mujeres se relacionaban entre sí. La mayoría de las personas de ambos países reflexionaba sobre el comportamiento adecuado o apropiado desde el punto de vista del género al que pertenecía y, por lo tanto, la gente entendía y experimentaba la guerra de una manera relacionada con su género. En gran medida, el lenguaje político que la gente utilizaba para debatir lo que tenían en común y para organizar los esfuerzos colectivos está lleno de referencias al género de las personas. Las diferentes clases de mexicanos y estadounidenses con frecuencia pensaban de manera muy similar respecto de las normas relacionadas con el género y el comportamiento. Durante la guerra, los observadores comentaron en ocasiones sobre el comportamiento masculino o femenino que parecía diferente de alguna manera a lo que ellos estaban acostumbrados y usaron esas ideas para fortalecer sus creencias en las diferencias raciales fundamentales entre estadounidenses y mexicanos. Sin embargo, lo que en realidad estaban observando era la expresión de valores similares respecto del género en circunstancias ligeramente diferentes; por lo demás, esos observadores también exageraron las diferencias de comportamiento para poner de relieve su propia superioridad. Eso mismo se puede decir en general respecto de las diferencias entre las clases y las razas, tanto en Estados Unidos como en México: un observador acaudalado solía considerar que una persona pobre o racialmente diferente era deshonrosa o incluso promiscua, aunque es probable que la persona observada estuviera tratando de seguir las normas relacionadas con el género y que eran comunes a varias clases sociales.

En los dos países había dos expresiones básicas de la masculinidad de las que, con frecuencia, las personas pensaban que eran adoptadas por diferentes clases de hombres, aunque, en realidad, un mismo hombre podía inclinarse por una o por la otra, dependiendo de las circunstancias. En una de esas expresiones, los hombres tenían el deber de ser proveedores muy trabajadores, sobrios y responsables de su familia, comportamiento que le daba derecho a ser honrado y respetado, y era de capital importancia para la vitalidad de las familias que realmente mantenían funcionando la sociedad, al dar nacimiento a las subsecuentes generaciones y criarlas. Los hombres que se comportaban de esa manera eran ciudadanos responsables. Sin embargo, en ambos países había otro patrón de comportamiento considerado igualmente masculino, aun cuando no siempre se considerara igualmente apropiado, que se centraba me-

nos en proveer para la familia y más en la competencia, la dominación y la diversión: los hombres que se ajustaban a ese patrón recurrían a la violencia para intimidar y dominar a otros, incluidos su esposa y sus hijos; también solían irse de juerga, apostar y beber. Aunque muchas personas de ambos países solían considerar esos dos modelos como representativos de dos clases diferentes de hombres, en realidad las pruebas sugieren que, al menos en ocasiones, el comportamiento variaba más de acuerdo con las cambiantes circunstancias: incluso los hombres respetables de ambos países solían caer en un comportamiento escandaloso en lugares como las tabernas y las casillas de votación en las jornadas electorales; asimismo, ambos países toleraban algo de violencia contra la esposa o incluso contra otros hombres, siempre y cuando esa violencia se mantuviera dentro de ciertos límites.

Para las mujeres, la situación era un poco menos compleja. Tanto en México como en Estados Unidos, ellas estaban a cargo prácticamente de la cocina, la limpieza y, asimismo, el cuidado constante de los hijos; como en el caso de los hombres, también se suponía que debían contribuir al bienestar económico de la familia con su trabajo, desempeñando a menudo tareas similares a las que efectuaban en el hogar: preparando y vendiendo alimentos en las calles de las ciudades, sirviendo como lavanderas en las obras en construcción o trabajando como sirvientas domésticas en las casas de las familias más acaudaladas, pero se consideraba que las mujeres se encontraban más seguras cuando se ocupaban sólo del hogar y que eso era lo más apropiado. Para las mujeres ricas, era más fácil aceptar firmemente esos ideales, mientras que se consideraba que las mujeres pobres que trabajaban para mantenerse y mantener a su familia eran deshonrosas o promiscuas, porque tenían que abandonar su hogar para ganarse el sustento.

El segundo tema que se pone de manifiesto a lo largo del libro es el de la raza. Quizás el hecho de que la raza fuera de capital importancia para una guerra de conquista no sorprenda a muchos lectores, pero sí podría sorprenderlos un poco conocer la manera en que esta noción fue importante. Ese periodo de la historia de Estados Unidos es conocido como la época de la "democracia jacksoniana" y la raza fue de capital importancia para los cambios que ese término implicaba. Las ideas sobre la raza estaban muy presentes tanto en las publicaciones intelectuales como en los medios de comunicación más populares,[52] y diferentes estados del país eliminaron las disposiciones que permitían el sufragio sólo a las personas con los ingresos más altos, con lo que realmente permitieron que in-

cluso los blancos pobres pudieran votar. Ese avance agrandó el electorado e hizo que la sociedad pareciera más igualitaria y es en ese sentido en el que la era jacksoniana tuvo aspectos liberadores. Los nuevos votantes con derecho al sufragio participaban en grandes cantidades: en las elecciones nacionales de 1840, votó alrededor de 80 por ciento de los hombres blancos adultos.[53] La democracia jacksoniana incluyó de forma deliberada a todos los hombres blancos, pero *también excluyó* de la misma forma a casi todos los demás habitantes del país. El igualitarismo se detuvo en la línea del género y se detuvo en la línea cada vez más marcada que dividía a los blancos de los que no lo eran: en realidad, los individuos de todas las otras razas perdieron derechos durante ese periodo, porque el "espíritu jacksoniano" consistía completamente en elevar a los hombres blancos a la misma condición y en dar realce a su capacidad para dominar a los que no lo fueran; en palabras del historiador Harry Watson, "Todos los hombres blancos eran iguales, al menos en teoría, pero nadie más era el igual de un hombre blanco."[54] Los negros libres perdieron su derecho al voto en los pocos estados donde lo tenían y en algunos estados se les negó incluso el derecho a ser dueños de propiedades.[55] Los indios también perdieron terreno durante el periodo jacksoniano, porque cada vez más personas afirmaban que eran razas inferiores y que no podían ser incluidos en la civilización estadounidense ni ser tratados como ciudadanos de naciones iguales separadas de ella, lo cual provocó que los habitantes originarios de América perdieran el derecho legítimo a sus tierras: su condición inferior se puso de manifiesto visiblemente al mudarse a reservaciones —incluso las tribus que habían adoptado las instituciones e ideas europeas— y al ser confiscados sus valiosos territorios.[56]

Fue justo antes y durante la guerra que los estadounidenses blancos decidieron que *mexicano* no constituía sólo una nacionalidad, sino también una raza. Los estadounidenses expansionistas la consideraron una raza inferior para justificar el despojo de sus territorios y el racismo fue de capital importancia para el nacionalismo estadounidense durante la guerra. La idea de que los mexicanos constituían una raza aparte e inferior tenía sus raíces en los antepasados biológicos de la mayoría de los mexicanos. Los estadounidenses blancos ya consideraban que los negros, los indios y los mestizos eran inferiores y muchos mexicanos eran mezclas de sus antepasados blancos, negros e indígenas.[57] Durante ese periodo, la cultura era considerada como un componente importante de la raza y también se consideraba que el catolicismo de los mexicanos era una prueba de su inferioridad racial.[58] La distinción de los mexicanos

como raza inferior empezó a ganar impulso en la década de 1830, cuando los colonizadores estadounidenses de la provincia de Texas justificaron su revuelta en contra del gobierno mexicano. Los texanos estadounidenses y quienes los apoyaban sostenían que las atrocidades que los oficiales del ejército mexicano habían cometido en contra de los rebeldes eran la prueba de su inferioridad racial. Como lo señala el historiador Brian DeLay, también sostuvieron de manera incorrecta que los mexicanos habían invitado a los estadounidenses a poblar la provincia porque los mexicanos eran muy débiles y cobardes como para derrotar a los indios de la región.[59] Los expansionistas saludaban la superioridad de la raza estadounidense anglosajona y los soldados que invadieron México estaban preparados para ver la inferioridad de los mexicanos: los partes que enviaron alimentaron aún más el racismo antimexicano.[60] Lo decisivo fue que los estadounidenses llegaron a creer que los mexicanos no tenían más derecho a sus territorios que los indios. ¿Por qué no debería Estados Unidos expandirse a expensas de ellos?[61] Lo irónico es que, en ocasiones, incluso la oposición a hacerse de territorios mexicanos y a la guerra misma fue impulsada por el racismo; después de todo, esas tierras estaban habitadas y, ¿quién querría añadir gente de una raza inferior a la población de Estados Unidos?[62]

La creencia estadounidense de que los mexicanos eran una raza —inferior, desde luego— escandalizaba a muchos mexicanos: éstos creían que su sociedad estaba formada por varias razas diferentes y, aunque en México los prejuicios raciales eran importantes desde el punto de vista social, las categorías raciales no se usaban en las leyes o en los discursos políticos más respetables. La raza fue importante en México desde sus comienzos: los aventureros españoles que lo conquistaron en el siglo XVI se habían visto atraídos tanto por su población nativa, sedentaria y agrícola, como por los metales preciosos que los indígenas habían acumulado durante siglos de civilización. En los comienzos del periodo colonial, los españoles explotaron a algunos miembros de esa población por medio de varias formas de trabajo forzado, incluida la esclavitud, pero a lo largo de los siglos la mayoría de los indígenas se habían convertido en jornaleros hispanizados libres o en campesinos que cultivaban su propia tierra. Los colonizadores españoles también importaron un abundante número de esclavos africanos que trabajaban en situaciones particularmente difíciles, por ejemplo en las minas o las plantaciones de las tierras bajas; sin embargo, en el siglo XVIII, la población indígena estaba aumentando aprisa y la esclavitud llegó incluso a ser cada vez más costosa que la mano

de obra libre, lo cual llevó a la emancipación de la mayoría de los esclavos. A lo largo del periodo colonial, México llegó también a tener una numerosa población de mestizos en las ciudades y en las regiones rurales que eran demasiado secas como para soportar poblaciones sedentarias numerosas. El sistema económico de finales del periodo colonial dependía de la mano de obra libre, pero la raza todavía era importante en la sociedad mexicana: los indígenas tenían derechos legales limitados, a los individuos de sangre africana se les negaba el prestigio social y el acceso a los cargos religiosos o políticos, y los mestizos enfrentaban los severos prejuicios sociales de una élite que reivindicaba que su sangre española pura los hacía merecedores de un honor especial y de prestigio social.

En la década de 1810, México experimentó varios levantamientos que se superpusieron y una prolongada y sangrienta guerra que tuvo como resultado la independencia política. De manera simultánea, el uso oficial de las categorías raciales fue abolido y se otorgaron derechos iguales a todos los mexicanos, independientemente de su identidad racial o étnica. Esos levantamientos políticos y sociales se entremezclaron. Los dirigentes más famosos de la guerra de Independencia, Miguel Hidalgo y José María Morelos, habían hecho de la abolición de las categorías raciales y de la abolición oficial de la esclavitud una parte fundamental de sus programas antes incluso de que abogaran de forma abierta por la propia independencia, y sus seguidores fueron sobre todo indígenas, mestizos y mulatos. La discriminación racial recibió otro golpe durante la guerra, cuando los liberales españoles abolieron la establecida en contra de los indígenas en una constitución que estuvo vigente de manera temporal. Por fin, se alcanzó la independencia con el acuerdo entre los realistas y los insurgentes negociado por Agustín de Iturbide, un general relativamente conservador que, no obstante, se vio forzado a aceptar el fin de la discriminación racial, no sólo de las personas con sangre indígena, sino también de las que tenían ascendencia africana. En los documentos oficiales, simplemente se dejó de hacer referencia a la gente por medio del uso de las categorías raciales: todos los habitantes del país podían ocupar cargos políticos y votar y, por lo tanto, aspirar a la respetabilidad social; para muchos mestizos y mulatos, o en otras palabras, para la mayoría de los habitantes de las ciudades más pobladas y de algunas de las regiones rurales de México, el principal resultado de la guerra de Independencia fue la oportunidad de lograr más poder político y una mayor movilidad social. Aunque en México había pocos esclavos negros, la abolición de la esclavitud fue un símbolo importante del fin de los prejuicios en su contra y los políticos que contaban

con el apoyo de los habitantes mestizos y mulatos, urbanos y rurales, se encontraban en el poder y tendieron a alabarla. De hecho, muchos esclavos del sur de Estados Unidos escaparon a México, y lo débil de los prejuicios raciales entre los mexicanos mestizos y mulatos de las clases bajas les permitió incorporarse a la sociedad mexicana por medio del trabajo y el matrimonio. Esa situación a menudo fue percibida por los estadounidenses que vivían en México: un estadounidense anónimo, por ejemplo, hizo notar de uno de ellos que, "aunque es negro como una bota embetunada, logró contraer matrimonio con una mujer mexicana";[63] sin embargo, la abolición de las categorías raciales oficiales no borró de ninguna manera la discriminación social arraigada en siglos de historia: los individuos pertenecientes a las familias más acaudaladas de México se creían de ascendencia española y creían que eso hacía de ellos personas más honorables y racionales que sus inferiores sociales; en especial, desdeñaban a las personas de las que pensaban que tenían sangre africana y acusaban a los políticos que abrazaban un sistema político más igualitario de tener antepasados africanos.[64] Por lo demás, muchos mexicanos relativamente acaudalados creían que los campesinos indígenas estaban ansiosos por llevar a cabo una guerra racial para recuperar sus territorios perdidos y pertenecientes ya entonces a las grandes haciendas, y temían explícitamente que México sufriera el destino de Haití, de donde los blancos habían sido expulsados con violencia por las vengativas masas de color más oscuro.[65] Con todo, esos prejuicios sociales no fueron incluidos en las leyes y los políticos se mostraban muy circunspectos con respecto a la raza en sus debates explícitamente políticos.

El tercer tema que ayudará a comprender la manera en que unos individuos de muchos antecedentes sociales diferentes comprendieron y experimentaron la guerra es la religión, que con frecuencia es importante para el desarrollo de la identidad nacional y para la justificación de la guerra, y sin duda alguna eso fue cierto en el caso de la guerra de que trata este libro. Los habitantes de ambos países atribuían mucha importancia a las diferencias religiosas entre ellos y se valieron de esas diferencias para justificar la violencia.[66] Estados Unidos contaba con una mayor diversidad religiosa y se jactaba de su tolerancia con las religiones, pero esa diversidad no disminuyó el profundo apego de la mayoría de los estadounidenses a la religión y la tolerancia no se extendió por igual a todas las religiones: algunas "sectas" nuevas, como el mormonismo, enfrentaron una represión notablemente violenta, como le ocurrió también al catolicismo, una religión mucho más antigua. El fervor religioso iba claramen-

te en aumento en Estados Unidos: una ola de resurgimientos del protestantismo llamada el "segundo gran despertar" se diseminó por muchas regiones y un número cada vez mayor de estadounidenses abrazó las versiones evangélicas del protestantismo, al punto de que la religión acabó por ser más importante para muchos estadounidenses en la vida política y social, lo cual generó movimientos de reforma como la templanza, el abolicionismo y el feminismo. En gran medida, esos movimientos permanecían en los márgenes en la década de 1840, pero la creencia de que Estados Unidos tenía un destino religioso especial como faro de la libertad protestante adquirió más y más impulso.[67] La mayoría de los estadounidenses creía que el protestantismo era una de las raíces de la libertad, el republicanismo y la democracia, y tenían la opinión opuesta del catolicismo: creían que los católicos debían lealtad al papa y que la iglesia católica era demasiado jerárquica como para ser compatible con la democracia;[68] consideraban además que el catolicismo era realmente una amenaza: cada vez llegaban más y más inmigrantes católicos a las costas estadounidenses y la violenta reacción en su contra era tan anticatólica como xenófoba.

El temor al catolicismo se relacionaba con el expansionismo: algunos estadounidenses creían que la iglesia católica alentaba la emigración para socavar Estados Unidos y poblar los territorios del oeste con católicos, lo que inhibía el aumento de la libertad. Uno de los disturbios anticatólicos más violentos tuvo lugar en Boston justo después de que el célebre predicador Lyman Beecher hubiera pronunciado un sermón sobre la amenaza que representaba la difusión del catolicismo en los territorios que llegaron a ser el oeste de Estados Unidos;[69] lo peor era que los territorios del oeste estaban bajo el dominio de México, donde el catolicismo era la única religión permitida legalmente.[70] Para muchos estadounidenses, el destino manifiesto de Estados Unidos debía propagar la libertad y la democracia, arrebatando esos territorios a México, un país cuya religión era incompatible con esos valores.[71] La mayoría de los estadounidenses creía que el catolicismo de México era una de las raíces de su inferioridad racial; la raza no era estrictamente biológica y se consideraba que las características culturales estaban entrelazadas con las físicas: el catolicismo hacía de los mexicanos, al igual que de los inmigrantes católicos en Estados Unidos, personas ignorantes, atrasadas, débiles, perezosas e inadecuadas para la democracia.[72]

Los mexicanos estaban convencidos de que el catolicismo ofrecía el único camino a la vida eterna y estaban orgullosos de su religión. La con-

quista española de México había sido justificada por la necesidad de llevar el catolicismo a los paganos y la guerra de Independencia mexicana había sido iniciada por unos curas convencidos de que se requería la violencia para proteger un catolicismo puro que se veía amenazado por las tendencias y los acontecimientos europeos. Después de la Independencia, algunos intelectuales mexicanos escribieron que la misión de México era redimir a los hombres del Nuevo Mundo y ofrecer un rayo de esperanza a la Europa decadente; los políticos y los intelectuales insistían en que el catolicismo era de capital importancia para la identidad mexicana; las oraciones y los oficios católicos caracterizaban las ceremonias cívicas mexicanas y los funcionarios públicos fomentaban los rituales religiosos colectivos. Ser mexicano era ser católico: a los inmigrantes que buscaban la ciudadanía se les exigía que se unieran a esa iglesia; con todo, el catolicismo no era sólo una fuerza de la unidad nacional: dado que era el único camino a la salvación eterna, uno de los propósitos del gobierno era facilitar la obra religiosa de la iglesia. Los estadounidenses podrían considerar que la tolerancia religiosa y la diversidad religiosa eran cosas buenas, pero, para los mexicanos, la tolerancia religiosa y la plétora de denominaciones religiosas solamente significaban que menos individuos alcanzarían el cielo.[73]

El expansionismo estadounidense no implicaba por fuerza una guerra sangrienta. México pudo haber respondido a las ambiciones del gobierno del James K. Polk con la renuncia a su reivindicación sobre Texas y con la venta de Nuevo México y California. Sin duda alguna, a Polk no le interesaba una guerra tan prolongada y sangrienta como la que hizo estallar. La guerra se desarrolló como lo hizo porque los mexicanos no entendieron en un principio lo fuerte del impulso expansionista estadounidense y los estadounidenses tampoco entendieron la profundidad de la identidad nacional mexicana ni lo profundamente que los mexicanos de muchas clases sociales rechazaban la idea de que eran inferiores a los estadounidenses. Para muchos mexicanos, la ambición de sus vecinos del norte de apoderarse de parte de sus territorios era un impulso criminal, un impulso que no esperaban de una república hermana con tantas cualidades admirables: seguramente, la república estadounidense fundada por inmortales como George Washington debía estar en proceso de degradación.[74] Otros mexicanos no estaban tan sorprendidos: en los primeros años de la década de 1820, el primer embajador mexicano ante Estados Unidos, José Manuel Zozaya, informó que los estadounidenses conside-

raban como inferiores a los mexicanos y que podrían expandirse a sus expensas,[75] y también hizo notar su codicia. Otros visitantes mexicanos de Estados Unidos estuvieron de acuerdo con ese punto de vista y relacionaron la codicia de los estadounidenses con el incesante impulso de cultivar nuevas tierras.[76] Algunos mexicanos llegaron a creer que los estadounidenses o los residentes estadounidenses de Texas, que había declarado su independencia de México, estaban alentando las incursiones de los indios que causaban tantas pérdidas económicas y muertes entre los mexicanos del norte.[77] Y si la depravación de los estadounidenses sorprendió a los mexicanos, a aquéllos los sorprendió que éstos resistieran su agresión tanto como lo hicieron. La visión racista de un México cuya población débil e inferior tenía poca identificación con la identidad nacional hizo que muchos estadounidenses creyeran que la guerra sería breve y gloriosa.[78] Los estadounidenses no entendían el grado en que los políticos mexicanos de varios partidos diferentes habían llegado a creer que la supervivencia de la idea misma de una nación mexicana les exigía que defendieran todo su territorio, una formulación que los historiadores Marcela Terrazas y Basante y Gerardo Gurza Lavalle llamaron el "fetiche nacional del territorio".[79] Los mexicanos sabían que los territorios que el gobierno de Polk codiciaba contaban con pocos habitantes mexicanos, pero no estaban dispuestos a dejar que esos pocos compatriotas cayeran bajo la dominación de un pueblo estadounidense cuyo racismo y brutalidad estaban probados. En los comienzos de la guerra, los estadounidenses tampoco comprendieron que el repugnante comportamiento de sus soldados, alimentado por esas mismas nociones respecto de la inferioridad mexicana, fortalecería la resistencia de los mexicanos. La guerra mostró que la identidad nacional mexicana era más fuerte de lo que los estadounidenses creían y también fortaleció el apego a México de muchos habitantes de los territorios en disputa; no obstante, lo irónico es que esos hechos no fueron reconocidos ni por los estadounidenses ni por los mexicanos durante la guerra ni después de ella: aquéllos interpretaron la resistencia de éstos como una señal de su carácter violento, una prueba más de su inferioridad. Más tarde, tanto unos como otros sostuvieron que el hecho de que México perdiera la guerra había sido una prueba clara de que los mexicanos carecían de la unidad y el compromiso necesarios para ganarla.